

ES una barrera, la muerte inmediata, que se mete entre la objetividad y la reflexión, remansando escrúpulos y prejuicios. Resulta difícil para mí, extremadamente difícil, desdeñar tanto obstáculo remansado y opinar del mismo modo que si el tiempo hubiera devuelto la lejanía pura, dejando libre el juicio. Digo esto porque he de estar muy sobre mí y evitar cualquier dejo de menosprecio, lo mismo que el superficial descargo de conciencia de alabar por

respeto al luto. Hay que evitar también la frecuente superioridad forzosa de los que viven respecto a quienes han muerto.

Lo primero que se me ocurre, ahora que estoy ante las cuartillas cumpliendo el encargo de TRIUNFO, es preguntarme: ¿qué derecho tengo a juzgar intelectualmente a Sartre cuando el curso de su creación está acabado? Juzgar a un creador mientras crea es necesario y yo diría que en cualquier caso halagüeño. Pero la muerte eleva extraordi-

nariamente el grado de todas las exigencias. Sobre todo las que atañen a la opinión de los que juzgan. De aquí que me pregunte: ¿tengo derecho a juzgar?, y generalizando la pregunta: ¿quién tiene derecho a juzgar intelectualmente a Sartre muerto? No, yo no, desde luego. Casi nadie, si el derecho a juzgar a un escritor requiere el conocimiento completo y profundo de su obra. Esto aparte, juzgar por sí mismo, es difícil. Todo lo que sea aproximarse a lo absoluto es difícil

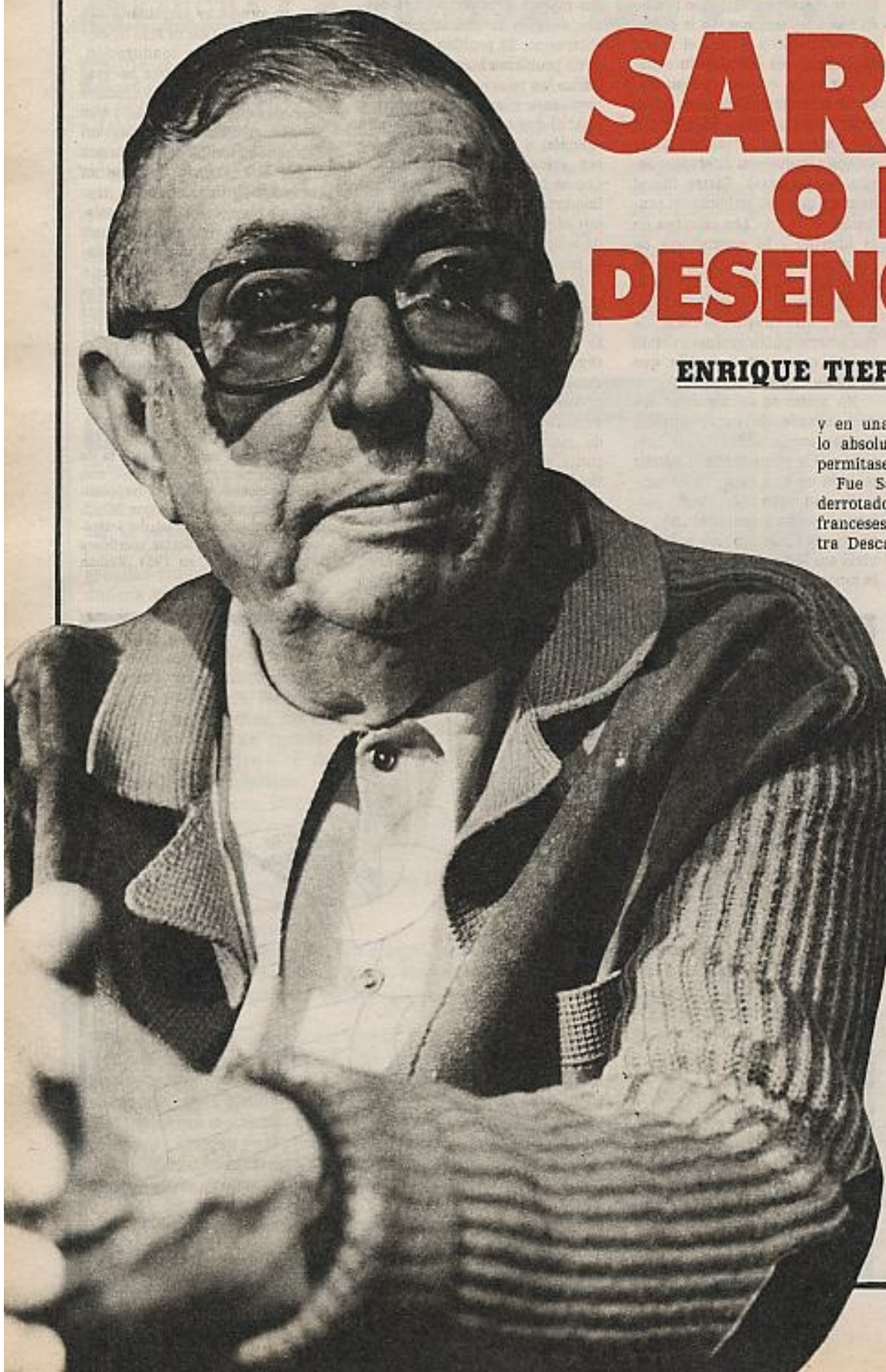
SARTRE O EL DESENGAÑO

ENRIQUE TIERNO GALVAN

y en una sentencia está siempre en conato lo absoluto. Pero ya que no puedo juzgar, permítaseme opinar y descubrir.

Fue Sartre, a mi juicio, un intelectual derrotado por Descartes, como tantos otros franceses. Para un francés, levantarse contra Descartes exige un esfuerzo fuera de lo común, porque Descartes es la Razón en la cultura francesa. Ir contra Descartes es ir contra la razón. Descartes creía, y su opinión ha prevalecido durante mucho tiempo, que toda intimidad era conciencia. Esta idea, cuya generalidad comenzó a decaer a finales del siglo pasado, permanece en la estructura y sentido del idioma francés. Quien, como Sartre, bucea en lo irracional tropieza con la fortísima tradición cartesiana y de modo radical con el idioma.

Una parte considerable de la seducción literaria de Sartre radica en la yuxtaposición del idioma regulado, transparente y objetivo con las emociones, lo irradical y a veces lo incomprendible. Quienes hayan leído, por ejemplo, la comedia "La cortesana cumplida", tendrán mi misma experiencia de un razonamiento lúcido y templado que se proyecta sobre las tormentas de la conciencia sin falsearlas ni enturbiarse. En este sentido, como en tantos otros, Sartre se parece a Gide, a quien a veces complementa. Se alzó contra la racionalidad francesa, utilizando su mejor instrumento: el francés académico.





En Lisboa, cuando la Revolución de los Claveles, Sartre comió y conversó con los soldados del nuevo régimen.

Ya sé que se ha dicho lo contrario y no hace mucho he leído un artículo sobre Sartre, destructor del idioma. A mi juicio, es esto sacar las cosas de quicio. Escribía y hablaba con suma propiedad y cuidado, procurando no traicionar la nitidez cartesiana. La asombrosa capacidad de Sartre para decir con absoluta claridad lo que de suyo es confusión, constituye la base de su popularidad y el mayor de sus méritos. Es también la expresión de su propia personalidad y quizá de la del europeo culto que se ha librado de casi todos los prejuicios menos del idioma que se construyó sobre prejuicios.

Tal vez se erigió por esto en un gran divulgador y en un gran ejemplo, al contrario que cualquiera de los grandes pensadores de su tiempo. Llamamos a un pensador a quien interpreta la realidad, según unas categorías cuya novedad requiere un lenguaje especial. No quiero decir una terminología, sino un lenguaje o, lo que es equivalente, un conjunto de términos cuya aplicación pierde sentido de no estar impregnadas de un principio común de coherencia. Sartre no ha llegado a tener su propio lenguaje filosófico porque no ha llegado, a mi modo de ver, a conseguir una interpretación original de la realidad, ni creo que se lo haya propuesto con el convencimiento de la iluminación metafísica. Durante años, los europeos le hemos leído tomándole como intérprete de nuestros estados de conciencia y denunciador de prejuicios y convenciones sociales. También como escritor ingenioso que podía ver las cosas al revés de como comúnmente se ven. Nunca como metafísico. Tampoco como filósofo, a menos que se confunda la filosofía con la reflexión aguda y original.

Los filósofos que Sartre ha tenido intelectualmente más cerca de sí, Bergson y Heidegger, no inquirían sobre los hechos, sino sobre los fundamentos de cualquier hecho posible. El primer quehacer fundamental para iniciar y seguir este camino es ponerse a sí mismo entre paréntesis, como todos los metafísicos de todos los tiempos han hecho. Ni Sartre, ni Camus, ninguno de los que intentaron seguir el camino abierto por "Ser y tiempo", pudieron ponerse a sí mismos entre paréntesis. Sin esta condición no hay metafísica, ni siquiera metafísica existencialista. Conservamos un fragmento de Demócrito, creo que es el 6 de la recopilación de Diels, que dice que es necesario conocer al hombre de acuerdo con este criterio; que lo verdadero está fuera de nosotros. Y es certísimo, si se entiende en el sentido de no

confundir metafísica con psicología. Heidegger hizo un gran esfuerzo por conseguirlo y lo logró merced a su altísima inteligencia y preparación, comenzando, y es inevitable, por salir de sí mismo. ¿Quién podría decir lo mismo de Sartre?

Sartre, que había contraído con Heidegger la misma inmensa deuda que cualquier europeo culto de nuestro tiempo, no pudo prescindir de sí mismo. En la brillante y cuidadosa, con exceso cuidadosa, versión que de su vida da en "Palabras", se inducen diversas razones que lo explican. La principal está en los años de formación que le tocó vivir. Un europeo que se educa y moldea entre las dos guerras, que madura intelectualmente durante la segunda, que tiene además ascendencia judía y que acepta, en el período más crítico, una ideología política que implica una concepción del mundo, es casi imposible que se ponga a sí mismo entre paréntesis. En estas condiciones, el mayor problema es la propia vida. Ni el talante intelectual ni la imprecisión moral de Sartre daban para tanto. El último metafísico creador europeo ha sido Heidegger y no hay señales de que exista otro.

Pero Sartre supo resignarse y aceptar lo que nuestro tiempo le exigía: alzarse como un pensador radical ante lo cotidiano. Bastantes espirales de los resortes de su impulso las ha templado el rencor: no es cierto que un dirigente de la burguesía francesa se haga, como él nos cuenta en un relato muy conocido, ni que el infierno sean los demás, ni que vivamos en un mundo sin remedio, en que el entusiasmo se sustituye por el consuelo de la crueldad y la violencia. Detrás de la descripción de una calda sin fin late en Sartre el descontento personal. De un modo u otro, sus incapacidades y desengaños están en el fondo de su protesta y genialidad. He escrito esta última palabra dudando por no incurrir en el abuso que de ella se hace, pero genialidad hay en quien se erige en juez y delador de lo cotidiano, demostrando con el rigor del lenguaje y la comprensión de la vida que los valores superiores que proclamamos sólo se cumplen en situaciones singulares y por causas ajenas al imperio del valor.

En el fondo de los conceptos que se agrupan más que se suceden en Situaciones, hay la de hacer una filosofía de lo cotidiano analizando su estructura. Es un esfuerzo valioso, aunque incompleto. La razón de esta incomplitud está en que una filosofía de lo cotidiano, para no ser una sociología de lo cotidiano, ha de descansar en una filosofía de la vida. Sartre tuvo conciencia de esto, pero no logró, me parece, anudar la descripción de las situaciones según su estructura

con lo que para él era la esencia de la vida, la libertad.

Según aumentó el deslizamiento de Sartre hacia puntos de vista sociológicos, alejándose del primitivo fundamento existencialista, sus ideas incluso su conducta se fueron haciendo más arbitrarios. Era un ostentoso y estentóreo defensor de la libertad, pero es imposible responder con rigor a la pregunta de qué es la libertad para él. Quizá cupieren respuestas a la cuestión de qué entiendo por libertad. No una, sino más respuestas ha formulado en el transcurso de su vida, pero no hay ninguna esencial sobre el fundamento de la libertad, ni se atrevió nunca a decir que ésta era el resultado de la situación.

Los análisis de Sartre sobre el marxismo son un buen ejemplo de perplejidad acerca de la libertad. Intentó durante algún tiempo explicar sus dudas e incluso las de sus personajes con la categoría de alienación y con la diferencia conceptual del "en sí" y el "para sí". Como tantas otras víctimas intelectuales del capitalismo, interpretó a Marx metafísicamente, para salvarse de caer en la lógica del marxismo. En Marx no hay metafísica. Cualquier idea pura, concepto puro o estado de conciencia puro sólo son posibles después. Cuando hayamos alcanzado la independencia absoluta respecto del mercado. Por consiguiente, lo cotidiano, estado común de la falsedad, sólo admite ahora una categoría y un tratamiento: la revolución. La libertad es un instrumento para la revolución y de la revolución. Me parece a mí que Sartre se dio cuenta de esto, que es tanto como percatarse de que Marx no tolera interpretaciones. Se le puede falsificar, a veces hay que hacerlo, pero no interpretarse. Está tan claro en lo sustancial que interpretarlo con rigor es repetirlo.

Perder de vista la libertad y el camino para alcanzarla, y conformarse con la independencia, es caer en el liberalismo, a veces desorbitado, rozando con la acracia. Salvadas las muchas distancias, de nacimiento y educación particularmente, Sartre recuerda en los últimos años a Bertrand Russell.

Me pregunto si al final de su larga y fecunda vida no echaría Sartre de menos el estribo de la metafísica y estuviese haciendo un esfuerzo por encontrarlo, pero en el polo opuesto al que comenzó. Pudiera ser que por el influjo de Simone de Beauvoir, comenzase a ver la vida como un valor absoluto; el único valor absoluto. Suele ser la conclusión normal en la vejez de los desesperanzados con talento. Cuando no se tiene utopía, lo cotidiano lleva a la hipótesis de la vida. No puedo afirmarlo, sobre todo por ignorancia, pero en algunas de las glosas y reelaboraciones que en los últimos años ha hecho Sartre de los textos de Flaubert, descubro, venciendo a la nostalgia, una actitud de negación al compromiso con cualquier decadencia.

Por último, no quisiera que el lector interpretase este artículo como una crítica. Desvelar no es criticar. Al contrario, aunque esté en sus antipodas, admiro a este luchador que venció a casi todo menos a sí mismo y nos informó, día a día, ejemplarmente, de las escaramuzas y batallas de la cotidiana lucha. ■